



Recebido em: 11/10/2023

Aprovado em: 26/10/2023

Publicado em: 29/12/2023

EN RETORNO AL MITO PARA RECONCILIAR LA BELLEZA CON EL MUNDO. UN LEGADO HERÁLDICO Y HEROICO DE LA LIBERTAD EN SIMÓN BOLÍVAR

RETURN TO THE MYTH TO RECONCILE BEAUTY WITH THE WORLD. A HERALDIC AND HEROIC LEGACY OF FREEDOM IN SIMÓN BOLÍVAR

REVENU AL LA MITO POR REPACICI LA BELETON KUN LA MONDO. HERALDA KAJ HEROIA LEGADO DE LIBERECO EN SIMÓN BOLÍVAR

Claudia Arcila Rojas⁹

Resumen

La travesía mítica depara la contemplación de un paisaje que sumerge a la profundidad reflexiva de lo sublime; de lo que acontece y desaparece sin dejar rastro para la reproducción. El cuadro de la naturaleza va siendo la obra siempre renovada de este despliegue divino, en cuyas ramificaciones, la belleza es efecto de la bondad y la verdad trazando todo un acontecimiento de armonía. Ante este referente, el mundo integra la voluntad superior de las leyes que establecen dicho orden, con el albedrío humano que desencadena otras dinámicas para que el orden se altere. El devenir confuso de esta imagen encuentra su límite en las arbitrariedades de la guerra; en el terror que supone el sometimiento a la desgracia y la deshonra. Por ello, el retorno al mito invita a recordar los mensajes y las hazañas por la causa de la libertad en el proceso de subjetivación humana que se reincorpora a la voluntad del amor, mediante el camino heroico que pone las pruebas para el reencuentro con la dimensión del artista y, asimismo, con la interioridad del niño. En esta versión humana, el arrojamiento hacia la belleza desde la inocencia y el asombro, compromete con el aprendizaje eterno; con la memoria que no claudica hasta volver al recinto sagrado donde resplandece la libertad. Este movimiento reflexivo se auxilia en la poética filosófica del mito que toma como referente el legado de Simón Bolívar.

Palabras clave: Mito. Filosofía. Estética. Héroe. Libertad.

Abstract

The mythical journey provides the contemplation of a landscape that immerses you in the reflective depth of the sublime; of what happens and disappears without leaving a

⁹ Doutora em Filosofia e professora pesquisadora da Universidade de Antioquia, Faculdade de Educação, Colômbia; pertencente ao grupo de pesquisa "Somos palavras". E-mail: claudia.arcila@udea.edu.co. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4621-0866>



trace for reproduction. The picture of nature is the ever-renewed work of this divine display, in whose ramifications beauty is the effect of goodness and truth, tracing an entire event of harmony. Given this reference, the world integrates the superior will of the laws that establish said order, with human will that triggers other dynamics so that the order is altered. The confusing evolution of this image finds its limit in the arbitrariness of war; in the terror of submission to disgrace and dishonor. Therefore, the return to the myth invites us to remember the messages and feats for the cause of freedom in the process of human subjectivation that rejoins the will of love, through the heroic path that lays the tests for the reunion with the dimension of the artist and, likewise, with the interiority of the child. In this human version, the courage towards beauty from innocence and wonder commits to eternal learning; with the memory that does not give up until returning to the sacred precinct where freedom shines. This reflective movement is aided by the philosophical poetics of myth that takes the legacy of Simón Bolívar as a reference.

Keywords: Myth. Philosophy. Esthetic. Hero. Freedom.

Resumo

La mita vojaĝo provizas la kontempladon de pejzaĝo kiu mergas vin en la reflektita profundo de la sublamo; de kio okazas kaj malaperas sen lasi spuron por reproduktado. La bildo de la naturo estas la ĉiam renovigita verko de ĉi tiu dia elmonro, en kies ramificaciones, la beleco estas la efiko de bono kaj vero, spurante tutan eventon de harmonio. Donita ĉi tiun referencon, la mondo integras la superan volon de la leĝoj kiuj establas koncernan ordon, kun homa volo kiu ekigas alian dinamikon tiel ke la ordo estas ŝanĝita. La konfuza evoluo de ĉi tiu bildo trovas sian limon en la arbitreco de milito; en la teruro de submetiĝo al malhonoro kaj malhonoro. Tial, la reveno al la mito invitas nin memori la mesaĝojn kaj herooĝojn por la afero de la libereco en la procezo de homa subjektivado, kiu rekuniĝas al la volo de amo, per la heroo vojo, kiu metas la provojn por la reunuiĝo kun la dimensio de la artisto. kaj, same, kun la interneco de la infano. En ĉi tiu homa versio, la kuraĝo al beleco de senkulpeco kaj miro devontiĝas al eterna lernado; kun la memoro, kiu ne rezignas ĝis reveno al la sankta ĉirkaŭaĵo, kie la libereco brilas. Ĉi tiu reflektita movado estas helpata de la filozofia poetiko de mito, kiu prenas la heredaĵon de Simón Bolívar kiel referencon.

Ŝlosilvortoj: Mito. Filozofio. Estetika. Heroo. Libereco.

INTRODUCCIÓN

El camino del héroe está inspirado por el palpitar redentor que se atreve a la mirada del pasado y a su propio reflejo en él. La libertad, como belleza primigenia, pulsa en el corazón del héroe para que las cadenas de la mentira, el engaño y el horror se rompan primero en la mente y se deslicen por el cuerpo agobiado y enojado por una larga noche de dolor. A través de ese corazón que canta, la humanidad reclama la belleza para que la memoria de la verdad le brinde resplandor a la justicia. En este



trayecto que indica el horizonte de la libertad como un bien que acoge y es acogido por la humanidad, se reconoce la huella del mito como una obra contorneada por la idea de un tiempo que todo lo cubre. Es la imagen de la totalidad en cuya complejidad asiste también el vacío como extensión y profundidad de la eternidad.

En este entramado cognitivo, el mito es la narración que no culmina porque siempre está invitando a pensar en el origen, lo cual significa disponer la pregunta a una búsqueda interior donde la travesía del héroe supone el encuentro con un yo superior; propicia el diálogo con la sabiduría y permite que la escucha sea un silencio preparado a recibir la música de la vida y, por ello mismo, el baile de la libertad alentado por el amor como pilar fundante. Se trata entonces, de mover la vida a través de la materialidad que reitera el origen y el proceso continuo de todo cuanto existe.

Ante esa materialidad, el mito se enuncia como heraldo de los dioses; describe la fuente divina que el palpitante renacer de la belleza pone ante la experiencia contemplativa y comprensiva de lo sublime. En este movimiento de la verdad y la bondad en permanente renovación, el mito abona el territorio de la memoria y lo hace florecer en la dimensión absoluta donde todo se teje en los filamentos sutiles del espíritu. Ahora bien, el espíritu en evocación reconoce la identidad heroica en el movimiento de la libertad que también es virtud para afrontar la oscuridad y sus desafíos; es, además, cómplice del retorno, no solo al niño valeroso dispuesto a poner a prueba su inocencia, sino también al *Déjà vu* que cita la conciencia con el resplandor originario.

En este sentido, el camino desde el pasado al amanecer, pretende encarnar y redimir en una vida digna que inspira belleza por el gesto verdadero y bondadoso del héroe que se dispone a despojarse de su individualidad. Así, los pueblos emancipados se tejen en el cuerpo heroico para convertirse en una inquebrantable barricada dispuesta a defender los ideales que el corazón siempre está entonando.

En esta travesía, los altos ideales también superan su representación de estrofa o coro; pasan a ser un tejido superior en el cual se adhieren colores y formas que trazan el mensaje para coincidir. Por ello, la superioridad de la unidad es la expresión del amor que siempre se está manifestando. Es el canto supremo que permite recordar; son voces sutiles, pero perfectas; tan claras y tan simples que se pueden silenciar; son rastros del



silencio sobre el cristal del agua; movimientos lentos que no intentan competir con el afán de querer conquistar lo que es merecido. Es el tránsito de lo heroico a lo artístico para que sea posible el cumplimiento del amanecer como una obra de tiempos y espacios perfectos dentro del eterno movimiento expresado en paisaje de infinitos colores.

Ahora bien, todo movimiento es la composición de un baile; es la poética vital sobre las partituras de un cuerpo que quiere volver al hogar. El cuerpo del héroe es así, un territorio sobre el cual se está cultivando el alimento del mañana; es el árbol donde los frutos de la libertad son dulces, y sus hojas son legados de memorias muy remotas; son partituras ancestrales que carecen de sonidos y de formas; es el vacío por donde la eternidad es libre; es la fuente donde la creación se está renovando.

A ese hogar heroico se dirigen las voces de los corazones que cantan para reencontrarse en la pureza de la vida que se sigue manifestando. En el vértigo del vacío, la quietud de un *Déjà vu* vuelve y se acoge en el canto del auténtico mañana. El sueño se ha cumplido y un nuevo momento para despertar se ha presentado. Es el nuevo tiempo donde el amor renació entre los fulgores de la guerra; fuerza poderosa que alienta y murmura la esperanza; caricia que seduce a escuchar las voces del árbol; sus ecos de la libertad, como si de un juego de niños se tratara.

El héroe siempre retorna a través de sus cantos; sus raíces y sus ramas se mueven en las profundidades del arriba y del abajo; todo es movimiento, como el corazón del cosmos que está esparciendo y reduciendo todo; como la danza trascendental, cuyos movimientos provocan lo hondo y lo inmediato, lo confuso y lo diáfano. El héroe es y será el artista que siempre cumple con la belleza por ser el mundo, en su despliegue de paisajes y tonalidades, el diseño sobre el cual su obra se va expresando.

A estas alturas del tramo épico, el horizonte de la belleza ya había despuntado con sus arboles, mostrando el jardín donde las flores siempre están muriendo y naciendo. También la primavera, con los infinitos colores que cuentan los tonos de la vida, se dejaba asomar como paisaje de la libertad donde todos esos matices son cantos; pájaros de variados sonidos y colores se integran al vuelo del corazón supremo; es un colibrí que desborda la vida en cuantas moléculas de luz sean necesarias para el



resplendor eterno. A estas alturas, tampoco se esquivaba la contundente revelación del mito, su poética escudriña el templo filosófico hasta encontrar el altar donde los dioses hablan.

Alcanzada esta cima del heroísmo artístico, la voluntad brilla para que lentamente pueda ser guiada la memoria a reconocer el poder superior que la asiste. Esta asistencia narrativa es también un riesgo que se procura ciertos resguardos. Es cuidar del legado del mito en la filosofía para que continúe siendo posible una estética del cuidado y amor a la vida. En este sentido, la imagen del héroe en camino, sugiere el acto de la voluntad para componer y entonar los cantos que han de conducir a una obra poética del mundo, es decir, a una experiencia de belleza con la vida, cuyo rostro de contemplación es la libertad en la comprensión de la verdad y la justicia.

Se tapiza, de esta manera, el tablado estético que cuenta el mundo desde las voces, que a veces son gritos de la herida. En estos murmullos hay lamentos de muchos tonos, pero todos coinciden en el anhelo de la libertad; en la urgencia de pensar desde la fuente de la belleza alojada en la poesía para poder nombrar el esplendor sublime de la naturaleza. La belleza que, en el hogar estético, encuentra el sonido de la poesía como melodía de plantas y aves que estimulan la imaginación para replicar y vitalizar sus manifestaciones.

Construir, entonces, la memoria heroica para recuperar, en el diálogo con los dioses, la voluntad de reinventar, habitar y exponer estéticamente el mundo; la voluntad de caminar hacia la libertad para que la verdad le susurre a la justicia lo que ha de ser dicho; trascender las palabras vacías, la mirada ante la inmediatez que solo afecta la superficie; el contacto a la frialdad funcional de la máquina; trascender el movimiento y pausar frente al llamado de un encuentro trascendental. Con este preámbulo, el referente de Simón Bolívar, como símbolo heroico, se impronta en su camino hacia *El Chimborazo* para detenerse al encuentro con la experiencia divina; a la llegada del niño al hogar y a la bendición del padre que lo ha aguardado.

Desde este acontecimiento, el legado heráldico y heroico de la libertad remite a un amanecer que se enciende como el fuego prometeico en el más profundo afuera que indaga lo oculto y lo pone en resplendor; es el despertar de la conciencia que ya ha liberado a la mente de cuantos lastres estaba empañada, y le ha dejado al cuerpo las



marcas de su esfuerzo por también soltarse. Mente y cuerpo se reconcilian en el canto del corazón de un niño que anuncia el poder del Gran Espíritu en la majestuosidad de la naturaleza; esa energía divina que Bolívar recoge en estas palabras: “Me siento como encendido por un fuego extraño y superior” (BOLÍVAR, 1978, p. 406). Estado que es preámbulo para el encuentro con el tiempo en su “semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades” (BOLÍVAR, 1978, p. 406).

Restaurar estos diálogos para activar una voluntad inspirada por la unidad y el amor incondicional a las causas grandes, es, de alguna manera, indagar por la libertad que no se restringe a un criterio de autonomía, sino, a una composición genuina donde el héroe representa a la humanidad que recuerda y retorna al hogar donde se restituye el aliento y se defiende la vida. En este soplo estético, se puede volver a los colores de la verdad y la justicia para diferenciarlos de los matices de la mentira y el atropello; se puede también, superar los encandilamientos del engaño y las advertencias de la represión; asimismo, enfrentar la adversidad con heroísmo ético, con voluntad artista y con gesto asombrado del niño, recogiendo en todo ello la memoria divina que devuelve la esperanza en la libertad abrazada a la verdad y la justicia.

APERTURA DEL TEMA

El mito como primera manifestación narrativa

Tomado el mito por la fortaleza y creatividad humana, participa del esfuerzo cognitivo de aprehensión física y conceptual del universo que constituye, a su vez, un patrimonio legendario que expone y explica la relación entre los hombres y los interrogantes suscitados por los fenómenos, a partir de los cuales el cosmos ponía en evidencia su complejo deambular entre las cosas que son fruto y esencia de su íntima y asombrosa naturaleza.

El mito dio los primeros pasos hacia el acercamiento que “espera un descubrimiento, una revelación subitánea” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 36) sin el encomiado asombro que se reduce al miedo, ya que posibilitó sospechar un principio regulador de cada aparición, y al auspicio de él, fueron entregadas las respuestas como una herencia de inmortal y sublime veneración.



Se hizo así el mito aliado del rito y se robusteció como pergamino fundacional que auxilia la causa de la libertad, como esencia implícita del plan y la voluntad divina. Componer el mito, cantar y danzar sus ceremonias es expresión de esa libertad para tejerse al amor como razón de vida. Sobre este precedente, el mito se convirtió en una práctica de inviolable repetición, haciendo suyo el origen y el desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento.

Sumido el ser humano en este laberinto de místicos recintos, pareció dinamizarse el mundo en la predicable mística de ambientes y sahumeros ceremoniales; se asumió la vida como una entrega que expresa al principio rector de lo existente. Esta extensión de la carga vital divina se mueve en el origen de la primavera como un amanecer en belleza de las circunstancias. Reciprocidad armónica como respuesta coherente a la voluntad creadora que todo lo hace en el perfecto designio de su bondad y verdad.

Por ello, interrogar el ser primigenio no implica caminar hacia la lejanía de la esencia material; se trata de un recordar el camino de lo absoluto en las rememoraciones más sublimes que se tienen de sí mismo, es decir, proyectándose en la totalidad superior y eterna, donde la individualidad se despliega como unidad en el vacío sobre el cual se camina hacia la eternidad.

Esta travesía de la memoria, sin duda, es una prueba muy exigente que debe irradiar la identidad heroica como encargo de la libertad. Recordar como una batalla contra el olvido; reivindicar el legado de la libertad como un mensaje que se hace aún más alentador cuando la oscuridad reina en la noche; atravesar y abandonar esa oscuridad para evocar con la inocencia y la vibración del niño, el *Déjà vu* que convoca a la claridad originaria.

Poder ver, como el niño, la autenticidad de una causa y no desfallecer ante sus desafíos; superar también el miedo para identificar al héroe que renace; darle de alta al espíritu y a su capacidad creativa; correr las sombras y sus telones de artificio; continuar el camino lento hacia el poder supremo susceptible de manifestarse como voluntad en la belleza.

Sin duda, la voluntad es un atributo superior que también se evoca desde el amor que une para que la libertad sea amparada por la verdad y la justicia. La voluntad de ser



en la libertad, el desplegar lo humano de lo divino a través de las lecciones de la guerra que no han de repetirse; el aprender, a través del horror, lo que el libre albedrío gesta. La voluntad que se teje con la totalidad para que sea sencillo y luminoso el actuar. *Por sus obras los conoceréis*, recita san Mateo como una manera de expresar, a través de los actos, la conexión con la belleza que no engaña.

Por ello, en la movilidad del devenir heroico al resplandor artístico, se reivindica la composición que alude a la belleza en recuerdo de la luz que invita a caminar sin los acosos de la oscuridad, aunque con las lecciones de las sombras. Es la imagen del mañana que se busca, que se canta; es el tramo en el cual los dioses se descubren para ayudar a soltar las vendas de la ignorancia; son las voces sabias que enseñan a mirar, oír, sentir, degustar, olfatear y amar el resplandor que está siendo construido en humanidad; será la luz eterna en las lecciones del integrar; será el niño aprendiendo a montar las piezas de un rompecabezas que arma el amanecer en devenir de colores y formas.

No obstante, en esta travesía que pareciera ser un trayecto obvio de la memoria, se confrontan diferentes sensaciones, pensamientos, emociones y expectativas que hacen, de ciertas etapas del camino, un trance de ensoñación fácilmente apresable por los enigmas y las pesadillas. El sueño y el delirio pasan a ser vértigos y abismos; el cuerpo lucha por conquistar la paz y el silencio, mientras el espíritu canta y danza sin temerle al vacío. La eternidad es el tramo donde el retorno integra en la totalidad de lo sagrado; es el renacimiento en la pureza y en la inocencia; en el rostro siempre lozano de la esperanza que es capaz de integrar en el espíritu, y en su proyección como materia, la valentía frente a la eternidad que convida.

En esta perspectiva, el héroe, cual niño que se entrega a la causa de la libertad, no restringe el sacrificio, está tejido con la fuente del amor que también es mensaje del tiempo esperado. Es el amor que no se agota como los mensajes de las musas cuando toman sus trompetas; es la voz de la justicia que entrega, como un manantial, la verdad; es el bebedizo, medicina reveladora que ayuda a recordar la libertad como promesa de regresar. Para tal cometido, es necesario desenredar la mente, darles claridad a las voces del corazón para poder despejar toda turbulencia y ver, aún bajo la noche, la luminosidad apacible debajo de la cual no se siente sed ni agonía; persistir en la



identidad colectiva que integra al héroe y al artista como humanidad negada a convivir con “el más desastroso y funesto” (BOLÍVAR, 1978, p. 240) cuadro de “crímenes los más horrosos contra la justicia” (BOLÍVAR, 1978, p. 249).

No en vano, la humanidad se refleja en esta identidad de búsqueda que no limita el heroísmo a un gesto de exclusividad en el combate, su vínculo con el artista promete una causa de belleza que trasciende las abstracciones conceptuales que la han atado a un ideal intelectualista. Esta identidad en travesía y reconciliación con el mundo, se desaloja del criterio academicista de “un previo ideal de belleza [que] se ha inveterado en la estética y vierte en ella su originario error” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 34) y, además, se sustenta en las mismas imágenes de la naturaleza para reflejar su armonía a la experiencia de los seres humanos.

En esta perspectiva, el mismo encantamiento que el mito le concede al mundo, opera como un referente estético para desempolvar las intenciones dominantes que durante épocas inmemoriales protegen el dogma, conforme al cual, cada objeto y fenómeno ofrece su propia carga de identidad y permite que “cada cosa al nacer lleve su intransferible ideal” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 38), su propia condición y suerte dentro de un plano de materialidad que no se pliega a formas superiores de vida; a dialécticas tan asombrosas como las que el mismo mundo ofrece en sus cambios y reacomodaciones: “De esta manera abrimos a la Estética las puertas de su prisión académica y la invitamos a que recorra las riquezas del mundo” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 34).

Fue, justamente desde esta ruta estética, que Bolívar miró y se conmovió del mundo, asombrado y compungido lo hizo razón de su praxis y pensamiento, con el sabido convencimiento de que al mirar se deben atender los detalles que alientan la belleza como una totalidad de la cual es imposible precisar su origen. Desde esta contemplación, es claro que:

[...] no podemos mirar en la noche las estrellas imparcialmente, sino que destacamos unas u otras del encendido enjambre. Destacarlas es ya poner en una relación más intensa ciertas estrellas entre sí; para esto tendemos de una a otra como hilos de una araña sideral. (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 37).



Se hace, pues, necesario, tejer entre las cuerdas nocturnas y las de los crepitantes astros, contemplando la noche con muchas de las escenas que recuerdan el mundo como una estructura de “cárceles, bóvedas y calabozos” (BOLÍVAR, 1978, p. 253) que reemplazaron la belleza geográfica por el “cruel yugo de [...] terribles opresores” (BOLÍVAR, 1978, p. 253).

Ahora bien, contrario a como relucen “en el cielo unos restos de luna que pronto el sol reabsorberá” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 44) por hacer parte de un simple reflejo que no permanece unido a su fuente genuina, la luz de la libertad le permite a la verdad desmentir las voces que declaran tiempos ajenos a la eternidad de la justicia como deidad pródiga: “confiesan estas tierras haber sido pobres y se disponen a prolongar otra eternidad su miseria” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 48). Ante tal burla a la verdad, se erige la luz de la justicia y en ella, la bondad y la belleza proponen otra obra inspirada en la pulcra y transparente textura de la naturaleza. Con este referente, se enfrenta toda falacia que intente continuar “fascinando y preocupando la sinceridad y candor de los campesinos incautos para formar con sus pechos el baluarte de su inequidad” (BOLÍVAR, 1978, p. 242), pretendiendo prolongar el suplicio de su historia.

Y es aquí donde el todo de la realidad es un fragmento del mundo nombrado y actuado en la libertad otorgada por la experiencia, avalada por el hacer camino para trastocar los avatares en esperanzas y otros paraísos, pues fue Eva quien se supo libre por la alteridad ya insinuada en la prohibición, y es cada ser humano, en contacto con otros seres humanos, con otras serpientes, con otras aves, árboles y cocodrilos; con otros suelos y disposiciones de la memoria, quienes experimentan el impulso de la libertad, viendo el mundo y recordando que solo habla el corazón para permitir otras escenas, otras actuaciones y construcciones donde flamee la libertad sin las mentiras que encienden la guerra.

Es pues, en la voluntad humana, donde la mente asistida por el corazón, devuelve el entendimiento a su propedéutica lingüística encumbrada a la misión de pensar otra metáfora dentro de la gramática de un mundo dialéctico, cambiante, pero susceptible de ser testimoniado en el relato de la búsqueda, del camino, de las pruebas, lecciones y memorias que trazan el trayecto por donde el héroe encarna su misión como artista y despliega su humanidad como espíritu infantil que se regocija en la belleza.



Pero levantarse espiritualmente hacia esta pesquisa, implica, en primera instancia, un acercamiento compatible con la señal de la herida, con la fuga misma de las emociones y las sensaciones que tocan el alma y el cuerpo con la misma intensidad de remembranza, con idéntico deseo de volver al afuera de la palabra y al adentro de la estética vital del barro. Humanizada la causa heroica y divinizada en su acción artística, se reconoce el gesto creador del destino en complicidad de otras miradas y en alianza de otros pasos; en y por las voces del mito que cuentan un orden dialéctico de la materia que cambia y siente, que sufre, pregunta y busca.

Se trata de la materia que se narra en cada deslizamiento de su forma para proponer un nuevo contenido que evidencia el interior dentro de la oscilación metafórica exacerbada en cambio, convulsión, regresión y anticipación del acto vital interpretado y expresado por las voces que piensan la libertad sin dejar de lado la verdad y la justicia. Así las cosas, al recordar las palabras del hablante divino se hace verbo el sustantivo y metáfora la gramática; se hace mundo el paraíso y devenir lo perfecto; se hace hombre el barro y vuelve el mito a ser génesis que invita a pensar y aprender como un recordar: “Pensar es recordar. Pero recordar es algo distinto de un fugaz hacerse-presente de algo pasado” (HEIDEGGER, 1972, p. 151), es mantener el lenguaje en reciprocidad con la voluntad y el corazón para poner en palabras y en actos la “voz silenciosa [y] no perderla nunca más del oído interior” (HEIDEGGER, 1972, p. 151); no borrarla de la piel, cual herida que al cesar su desangramiento oculta la cicatriz al desaparecer el dolor y el horror que la causa.

Así entendida, la estética en el camino heroico, constituye el relato que da cuenta del mundo como ánfora de realidades paralelas con dinámicas propias que se pueden comprender en el irse haciendo de cada circunstancia y en la envoltura hermenéutica, donde palabra y texto desnudan la comprensión de los procesos rememorativos desde la percepción y la aceleración de imágenes dotadas de realidad por los reales hablantes. Esos reales que, a través del mito y su aliento estético, reivindican el heroísmo en lealtad con la memoria para levantar las antorchas que meditan al ser humano y sus eventos más urgentes. “No hemos llegado aún al ámbito adecuado para meditar sobre la libertad o siquiera hablar de ella, mientras cerremos los ojos también frente a este aniquilamiento de la libertad” (HEIDEGGER, 1972, p. 151) que es una traición a la



memoria y un permanecer “ciegos frente al destino de nuestra esencia” (HEIDEGGER, 1972, p. 159), frente al caminar por el mundo desde el pensar y recordar para ir otra vez a la razón primera de la vida: a la libertad y su incuestionable derecho de crear para no fenecer en la tragedia que el no pensar propicia.

De esta forma, pensar el mundo dentro del contenido de la estética implica enraizar el compromiso humano trazado y sugerido por el laborioso e incansable esfuerzo del descubrimiento, el cual remite, de manera anticipada a un develamiento de los significados y significantes que fueron envueltos en adjetivos, sofismas y apariencias tendientes a ensombrecer la exuberante y multicolorida profundidad de su esencia. Es un descubrimiento de lo propio, de lo ignoto y sagrado de la historia; un renacer en la identidad del arte y su danza, bajo el cristal de un mundo que ha de ser limpiado en la más decidida y convencida acción de camino. Es por ello que el ser humano recordado en su pasado no renuncia al valor y arrojo que motiva el sentido del mito, como significado de una respuesta superior a los numerosos interrogantes que parecen retar el enigma; una respuesta que evoluciona hasta obtener el más entrañable auxilio de la poesía, y, por consiguiente, de la percatación de cada una de las experiencias que revelan la profundidad sublime de la naturaleza.

Es la estética ese hogar convocante de voces y palpitaciones que son grito en expresión de melodía e imágenes en desbordante manifestación de su fuerza, vértigo y emociones; imágenes tras el líquido cristal que parece inmóvil, pero que solo al contacto y a la permanencia del tiempo se desborda como un río exento de piedras y corrientes. Pero es la vida la que deja entonar este fluir que no transita en la fluidez de lo previsible y esperado, sino en la fricción y el avatar de cada encuentro, de toda mirada y experiencia que roza con el reclamo de la comprensión, pero donde quizá la única respuesta sea una nueva imagen fragmento a la utopía, donde el arte, y su aliado, el heroísmo, propone un nuevo camino de riesgo y embates. “La noble imagen fantástica, es de una función interna sin la cual, la vida psíquica se detendría paralítica” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 34) y estancaría al mundo para privarle a la existencia la dicha de afrontar y confrontar todo momento que pasa por la textura de la sensibilidad para saltar al lienzo de las creaciones.



Es pues la fantasía un exacerbado nivel del corazón y del pensamiento que aprueban el principio ideal como desencadenante de la vida, pero también como propuesta para el universo, dentro del taller estético moldeando la realidad y sus contingentes interconexiones:

La fantasía no encuentra en el mundo exterior su objeto adecuado. Pero en cambio suscita en nosotros las corrientes indirectas de los sentimientos que nutren el pulso vital, mantienen a flote nuestro afán de vivir y aumentan la tensión de los más profundos resortes biológicos. (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 34)

En esta agitación interna donde la vida se nutre por los oleajes de la belleza, no se acepta una condición heredada por las reglas de navegación dentro de un orden moderno donde todo “transcurre [...] sin que ninguna cosa tropiece con la otra” (PESSOA, s.p.), sino que, se construyen y se proponen senderos de emancipación desde los cuadros sublimes que vitalizan el ingenio y lo atrapan en la tarea de búsquedas y huidas hacia las cimas que favorecen la contemplación de lo grande, bello, bondadoso y verdadero.

De ahí la urgencia de trascender las estructuras que solo agradan los sentidos; la jerarquía de los dispositivos que le otorgan lógica a la funcionalidad de las máquinas; el espectáculo de las imágenes que han domesticado la mirada, pues todo ello ha constituido un escenario cuyos movimientos se rigen por leyes declaradas en la eficiencia, el control y la secuencia rigurosa, donde la perfección alude a la consistencia y evita todo estado de alteración, perturbación y zozobra.

Es necesario, entonces, así como lo asumió Simón Bolívar, aceptar la convulsión material como apertura a la experiencia de disolución, construcción y asombro para poder encontrar-se ante las pruebas de los contrastes sin pretender un esquema que garantice la conquista de resultados. Antes bien, se requiere claridad de conciencia para sentir el caos del bote interior confrontado ante los recuerdos de su lejanía. De ahí, el heroísmo de quien se sostiene en el camino de la memoria sin permitir el sabotaje de las imágenes de la civilización que someten la óptica del inconsciente a los eufemismos de la distorsión. La contemplación profunda que evoca la lejanía representa, de esta manera, el estrado de la libertad que posiciona al ser humano en el presente que no rompe el vínculo de memorias con lo infinito y, en tal dimensión, se atreve a la



trascendencia sensorial que estimula la contemplación profunda o la visión del afuera en disposición a lo oculto.

Este fue el camino afrontado por Simón Bolívar para disponerse al hallazgo del corazón de la historia y de su impulso vital que, en el caso de *Mi delirio sobre el Chimborazo*, significa iniciar el “propio sendero” (ARANGUREN, 2004, p. 58) que mantiene el eco de una llamada superior exponiendo, al paso de los “los umbrales del abismo” (DE ZUBIRÍA, 1983, p. 86), la cercanía con los dioses que permiten en el artista, el acto creador de “una obra bella, una narración que merezca la pena ser contada” (ARANGUREN, 2004, p. 59), ser recordada en la plenitud de su apariencia y de su fondo, porque “forma y contenido son inseparables” (ARANGUREN, 2004, p. 59), donde pasado y presente se complementan.

Por ello, al artista heroico, frente a la posibilidad que tiene de interrogar y descubrir las circunstancias que rodean el escenario de construcción de significados, se le hace imperante reconocer y otorgar una tribuna de divinidad para proponer un camino en la intención de articular el corazón con el pensamiento y la palabra. Transmuta así el artista a héroe y el héroe en artista en el renacer de un niño en “sublime entusiasmo de la libertad y la gloria” (BOLÍVAR, 1978, p. 238); el niño que también integra a la humanidad en su trasegar con las banderas que ha de levantar todo acto de valentía consecuente y entregado a la causa de la vida con dignidad y firmeza en la justicia; humanidad valiente que ha “combatido con valor divino” (BOLÍVAR, 1978, p. 238), es decir, con honradez y demolición de mentiras, cuestionando y derribando los ritos que han velado la verdadera esencia.

En esta triple condición de la humanidad en travesía libertaria, se entiende la vitalidad de la infancia, la contundencia heroica y la sensibilidad artística para conducir la voluntad en sintonía con el deber moral e histórico que convoca a perfeccionar la obra social en las luces y la esperanza de la justicia sin requisitos ni prebendas; en la justicia como máxima obra que anuncia la libertad y el brillo de los seres humanos en su papel aliado con la naturaleza que siempre se renueva sin perder sus atributos.

Esta acción constituye el heroísmo frente al desocultamiento que enmarca la misión ineludible del artista de emular los mensajes de la naturaleza como eje escultor de las transformaciones sociales y políticas, a través de las cuales se aproxima



la imagen natural del niño al símbolo humano que se ocupa de la recuperación de los bienes ontológicos, axiológicos y materiales que hacen parte de la identidad y memoria de los pueblos. El artista es canto, pintura y composición de las formas reivindicativas de los humildes y ofendidos; así como el héroe es enseñanza y palabra de bondad, virtud y solidez que se traduce en acción y decisión por la libertad en los gestos de incondicionalidad del niño, que prefiere “morir antes que sucumbir por un solo instante a la tiranía” (BOLÍVAR, 1978, p. 242).

A la luz de esta entrega, el arte se expresa como una extensión del mundo en heroica leyenda que cuenta un tiempo nuevo. El arte transmuta las respuestas y las acciones de esclavitud en verdaderos coloridos humanos, frenando y dispersando todo intento de atropello al patrimonio de los pueblos que despiertan y descansan en la fraternidad de la tierra. Por ello, el artista fustiga con su obra al pensamiento, lo teje al corazón y lo compromete a la claridad perceptiva que hace memoria del pasado para entender las realidades del presente.

Es pues impostergable el aliento estético que le da vida a la obra colectiva para calificar y cualificar a la conciencia en la mezcla y aplicación de los luminosos colores de la verdad y la justicia que permiten reconocer en el acontecer de la historia sucesos antagónicos de opresión y liberación, desde los cuales se manifiesta la fricción permanente entre quienes ocupan el lugar de gobernantes y quienes asumen las directrices como gobernados. No hay episodio de la historia que no esté sugerido y desarrollado por la dialéctica entre el pueblo y quienes definen sus rumbos.

Este avanzar de la historia que la obra artística dirige por los senderos de la belleza, gracias a los tonos de la verdad y la justicia, ocupa a los seres humanos en una misión de responsabilidad y compromiso ético; es la obra concebida desde la transparencia y el valor que posibilitan la cercanía con el cuadro de la realidad, de tal manera que haya una conexión directa entre la percepción y el proceder heroico para que, el hallazgo del niño, se cumpla como acto y develamiento de las verdades encubiertas.



La libertad como causa de la auténtica voluntad humana

Para que la voluntad dirija la causa libertaria como obra en la que la humanidad se identifica, es necesario sepultar los vicios, rechazar la ignominia, limpiar de la arrogancia y de la ofensa a la historia y a su avanzar reivindicativo de los más preciados derechos. Este es un compromiso en la dimensión estética que exalta el espíritu creador, coloreando prometedores amaneceres de emancipación y resignificación que permitan identificar los medios de “la destrucción y la perfidia” (BOLÍVAR, 1978, p. 240), ya que es una obligación humana disponer de los tonos que favorecen la rebelión contra “lo que la tiranía había reducido a una desolación espantosa” (BOLÍVAR, 1978, p. 240), cambiando el significado de la agonía en júbilo.

Es en esta admirable experiencia de liberación, donde el pueblo se siente amparado por la causa heroica conducida como obra artística, en la cual se resarcen los dolores para darle florecimiento a la consigna de la libertad y la esperanza, honrando “el silencio de los muertos” (BOLÍVAR, 1978, p. 240) a través de las voces y de las acciones desencadenadas en el carácter y la firmeza humana. Es, justamente en estas virtudes que se reúne “bajo sus estandartes a los más bravos soldados” (BOLÍVAR, 1978, p. 241), es decir, a los más leales y consecuentes artistas de la patria convertidos en héroes imprescindibles de los saberes que aún no han sido promulgados, y de las verdades que permanecen amordazadas. Mensaje divino que es una indicación alfabética cumplida permanentemente en la naturaleza y en sus tonos que dejan resplandecer los rastros que la constituyen como misteriosa fuerza espiritual; rastros que también son rostros en los colores de la ternura y la belleza de su danza, en cuyos aromas la naturaleza florece siendo también perfección invisible.

Ahora bien, este atributo inasible a los sentidos, no deja de indicar, cual índice en gesto de integración como totalidad expandida, el movimiento que dirige el arpegio de la idea divina. La naturaleza contiene esta indicación a través del lenguaje de colores y sonidos que orquestan este sublime acto como una secuencia de escenas que despliegan voces e imágenes de intraducible belleza, aunque de procurada imitación. Y es allí donde el artista, siguiendo estas huellas, imprime su denotación estética, incluso, con la variedad de tonos que el ingenio y la imaginación despliegan. El artista, entonces, sembrando y cultivando nuevas semillas que le dan germinación a las movi-



vivenciales en encuentro con las memorias de han de volver a florecer; en descubrimiento de las pinceladas que traducen, a su manera, la primavera con sus incesantes colores contando y cantando la vida en la causa de la libertad.

El artista que abona la esperanza, creciendo hacia abajo como en un viaje interior donde el niño aparece descubriendo cómo en “la tierra disimulada se abre la boca de una sima, respiradero del reino de abajo. [...] Todo florece entonces, todo, hasta el fuego oscuro que alcanza por su flor la luz. (ZAMBRANO, 2009, p. 151). Se trata, pues, del misterio de la primavera siendo voz en la inocencia infantil, cuya palabra florece en la evocación mítica, donde “ese algo divino revelado por la poesía encuentra su reposo en la flor” (ZAMBRANO, 2009, p. 151). A través del mito, los sonidos poéticos del héroe se detienen en el *déjà vu* que florece para que la danza de los espíritus pueda ser contemplada. Pero la danza supone la música en ese jardín donde las flores nacen y mueren en la dialéctica renovación de la naturaleza.

Será preciso, entonces, intentar escuchar permitiendo que la memoria del alma se detenga también en la flor que “no puede esperar. No puede quedarse. Se está yendo ya, desvaneciéndose, en aroma y música” (ZAMBRANO, 2009, p. 152). El alma tendrá que ver y recorrer con esa visión profunda el origen de la música como lenguaje primigenio de la muerte que la flor anuncia, aún en su más pleno esplendor, “como un tenue tono de sombra, su espacio sin duda, su espacio propio. [...] La pálida flor impalpable, indecisa, es a su vez luminosa sombra de un fuego lejano” (ZAMBRANO, 2009, p. 150), al que ha retornar siguiendo la música que la muerte entona para guiarla.

De esta manera, la noche, que no siempre es la oscuridad que depara doloras travesías para que la libertad sea posible, constituye el camino de la luz en las sombras esculpidas por el resplandor de la luna y las estrellas; esas sombras indican el indetenible movimiento que manifiesta la finitud como pasos hacia el renacimiento. Por eso “la flor nunca está quieta, nunca *fija*; el color en ella se hace, se enciende o se desvanece” (ZAMBRANO, 2009, p. 150); ella es la expresión más nítida de la vida como belleza que se marchita; como sustancia que también se desvanece en la evocación del origen como un soplo: “en la flor toda sustancia corpórea se fija. Y, en la flor, la sustancia se desvanece como en un suspiro (ZAMBRANO, 2009, p. 150). Pero, aún con la precipitud que se refleja en el trayecto iniciado con el fuego resplandeciente



que sopla para que la belleza de la vida sea posible, hasta el soplo de esa sombra ígnea que pone de retorno a la hoguera como hogar permanente del espíritu, la causa de la libertad en la materialidad transitoria de esta travesía, se justifica porque constituye el arbitrio del olvido que empaña la belleza como esencia vital emergida del brillo del amor en su soplo divino.

Así pues, las palabras se detienen también en los alfabetos que representan el jardín como edén del fuego primigenio, pero, además, como esa flor “que, dándose de tan múltiples maneras, habla de la identidad indivisa [...] [que solo encuentra] la distinción, [...] en su origen (ZAMBRANO, 2009, p. 150). Las palabras como las flores, están en marchitamiento, expuestas, incluso, a otro código de finitud “que no aguarda a que llegue la muerte para arrancar la vida, substrayendo, así, a la par, a la muerte su acción y a la vida su vuelo. La inclemencia adversa al soplo y a cualquier otro don de la clemencia” (ZAMBRANO, 2009, p. 150); la inclemencia de la guerra que hace legítimo el itinerario libertario: “se aviene la flor como soplo originario a los accidentes de la tierra” (ZAMBRANO, 2009, p. 150); se pliega lo divino a la experiencia de lo humano por ser la vida, pese a *los accidentes de la guerra*, una mágica escuela donde se aprende la lección del amor en el mensaje de la libertad como causa heroica que se enfrenta al otro código de lo finito. Por ello, las flores, como las palabras:

Nunca son las mismas, hijas del viento invulnerable. La flor perpetúa siempre algo efímero, algo transitorio: la vida misma, ofrenda festiva y funeraria insustituible. La flor que perpetúa el tiempo feliz, la fiesta, aun ya mustia, la que sobre el cuerpo muerto, ceniza ya quizá, se inclina y aun es capaz de brotar de esa cal subyacente, de esa sal de la tierra que son los muertos. Y el aroma que la misma flor botánicamente hablando no exhala en otros lugares, sólo allí ese olor a muerte viviente, la vida de la muerte aquí; escala de resurrección. Pasión suprema de ese aliento, de ese soplo de clemencia invencible. (ZAMBRANO, 2009, p. 150)

La vida, tanto como acontecimiento de la experiencia en el mundo, como acontecimiento de narración de dichas experiencias, es pues, un florecer que recuerda el soplo originario y el de la muerte; es la memoria del amanecer divino hasta el tránsito por las noches terrenales que también son reflejo de esa luz reconciliando con las sombras que entonan las partituras del regreso; alfabeto donde “el divino *logos*” (ZAMBRANO, 2009, p. 151) se anuncia en la fragilidad de es jardín que también es



símbolo de “las letras [...] como una flor” (ZAMBRANO, 2009, p. 150), de los significados como un sembrar llevando lo divino a la tierra; tomando el fuego como luz que desciende la claridad del día y de la noche; los reflejos del sol y de la luna que dejan ver la verdad en la integración del blanco y del negro, colores que definen la vida como escenas del destino humano: morir y renacer permanentemente en ambos tonos.

No obstante, el héroe que dirige su voluntad hacia las comprensiones y contemplaciones de la vida en belleza y bondad, está dispuesto a atender y a escuchar el mundo con nuevas formas, colores y sonidos; es un héroe que, como sembrador y artista en memoria del niño, está dispuesto a sembrar, esculpir, pintar y cantar otras obras sociales, históricas, culturales y económicas, en las cuales se representa el tiempo y el espacio como dimensiones sublimes de la naturaleza; el tiempo y el espacio que traen la voz del mito en la renovación de la luz y la oscuridad en otras apariciones matizadas como tonos de las palabras que son, a su vez, el canto de la poesía. Pero el resplandor de la divinidad es presencia del color antes que presente del sonido. El blanco y el negro sobre la materialidad cósmica se volvió tonalidad diversa en la palabra mítica y de ella, sembrar la verdad representó un deber con la huerta primaveral, cultivada como tejido armónico de los seres humanos con el mundo. En esta armonía, el pincel divino y el mítico expandieron los resplandores de ambos colores; el sol y la luna se desplegaron en otros tonos que resplandecen sobre el misterio infinito. El sol y la luna que son los ríos, las montañas y los caminos con los paisajes y las temperaturas de la vida.

En este acento, en el florecer de la tierra, con sus múltiples colores, aromas y sonidos, prevalece la fragilidad como expresión del soplo primigenio; materialidades que transitan hacia la legendaria huella en compañía del resplandor supremo que también es fugacidad de la belleza que puede verse y nombrarse. Escuchar el devenir de la belleza como vida y muerte significa bailar con el fuego de la voz que descubre el secreto de sus sonidos debajo del resplandor del sol y de la luna. En esa trinidad se expande lo divino como luz del día, de la noche y de la memoria; se expande también como mensaje del mito, indicando el sacrificio para trazar el encuentro entre el arriba y el abajo. Los dioses del aire soplan para que las flores sinteticen la belleza de la vida; ese soplo llega a la tierra conquistando también el dominio del vacío; travesía hacia la profundidad donde alumbra el fuego de una página oculta, de un pergamino epistolar



que presenta al Gran Espíritu en su arcano; traducirla es potestad del don místico que le otorga a la palabra la lucidez para indicar, incluso, a través de la misma transmutación que el fuego concede para recorrer la eternidad enfrentado el espejismo. El fuego que cuenta el tiempo y el rostro de las edades que no se agotan y de las causas que siempre viven, aunque se marchiten sus colores mientras los sonidos de la muerte se anuncian. El infinito que indica la fuente de lo divino en el amor que todo lo ordena, es decir, lo indica y lo constituye dentro del precepto sublime que, aún con sus marchitables tonos, deviene en la belleza del soplo que inaugura, y el soplo que impulsa al regreso.

Camino de la memoria hacia la hoguera del amor que todo lo refiere; hogar del sol y de la luna por donde la eternidad es un aparecer continuo de noches y amaneceres; un deleitable caminar sobre las huellas que son los tonos de reinención sobre la conquista del vacío; retornar como sol, como luna, como noche o amanecer, a través de sus tangibles e intangibles indicados. Indicación de la totalidad que integra la experiencia de la vida en los tonos de las variadas semillas en tránsito por las diferentes ramificaciones de la esfera cósmica.

En esta esfera que se despliega como una espiral láctea de radiante luminosidad, se manifiesta la tierra como gramática del alfabeto diseñado por el índice milenario que representa el contacto para que las flores nazcan, mueran y renazcan en ese vínculo mágico indicador de la belleza que deviene en el florecimiento de la bondad y la verdad y se cumple radiantemente en la causa de la libertad que muestra el portal de la justicia; reino de iluminación, donde la llama del silencio le permite al corazón escuchar el mensaje de la paz.

Ahora bien, escuchar supone la disposición de permanente apertura a las voces y susurros que permiten reconocer los lenguajes del agua, el aire, la tierra y el fuego; también los lenguajes de toda la vida en su manifestación visible e invisible, incluidos los lenguajes humanos en sus códigos y rituales de sanación. Por lo cual, la paz como mensaje y estado del corazón, está antecedida por el don de la sanación, es decir, por la capacidad de aprender y trascender las lecciones del sufrimiento; de ese gran maestro que sabe llegar para indicar lo que debe superarse, pero también sabe despedirse para darle claridad a la luz del amor que es el fuego divino encendido en el corazón.



Escuchar, pues, el acontecer de la vida en todas sus profundidades, pero también la vida que, en su soplo primigenio, siempre está siendo respirada. La vida en su rezo fundacional: soplo que alienta y sana; soplo que siempre puede ser escuchado, pues la escucha, junto al olfato, son los sentidos que siempre están abiertos a las lecciones de la vida. El olfato como oración suprema en la cual la vida se respira, se anuncia, se susurra y se concede como divinidad del mensaje. Escuchar, es por ello, un portal siempre dispuesto a la atención de estas voces. Recibir las y atenderlas para no esquivar la verdad que siempre fluye.

En esta melódica indicación de la vida, escuchar es encarnar estas voces como movimiento o baile que hace extensivo el soplo como aliento de la libertad en los actos de la belleza, la verdad y la bondad que no son contrarios a la fuente del amor que los inspira. Asimismo, el amor como fuente del lenguaje permite que el espíritu de la palabra sea divinizado en la misma imagen que es guía de los caminos. Hermes es nominación que indica, con su mensaje y con su gesto, para evitar el extravío. Es la deidad de cuyas voces también se componen los cantos para que la vida se manifieste como una danza en coreografía de celebración y en gratitud por ese soplo interior que es origen y retorno.

Pero el mensaje también es memoria susurrada a través del alfabeto divino; el soplo que despide y recibe; el que visita y también es anfitrión. El soplo y su música en tonos luminosos que también hacen resplandecer el reino de las sombras; esa espacialidad cuya oscuridad protege el cofre donde el secreto ha permanecido siendo el tesoro de la esperanza. Ante este hallazgo, el secreto no solo vale por los caminos que ha permitido explorar, también vale por la verdad que protege; por el mensaje que promete.

Así pues, el secreto es el mensaje que logra ser escuchado después de haber atravesado las más difíciles etapas del camino; después de haber transitado y evocado las sombras que han resguardado el fuego divino. De ahí que sea necesario mover el telón de la oscuridad, levantar la manta protectora, para encontrar debajo del altar el portal hacia lo profundo. Descender para que la escucha represente el viaje por el abismo; ir adentro y ascender al afuera con los coloridos de un colibrí y con el sigilo de



un jaguar; viajar hacia arriba y hacia abajo sin despreciar la pausa de quien sabe esperar lo que el camino tiene para entregarle.

Escuchar, desde este viaje sin fronteras, la canción que declara el amor de aquel fuego escondido; escuchar en la lentitud de quien se arriesga, pero siempre en disposición a confirmar lo que tendrá que ser declarado; entregar la melodía que ha descubierto el corro y el misterio de su ayuda; poder contar y cantar con esas otras voces aliadas; elevar y escuchar sus tonos hasta que el soplo que expresa el canto como un amanecer, se deje escuchar en los colores de múltiples aves; tonos que se ven y se escuchan en la imagen de una paloma mensajera, como lo dictaría el adagio. Pero en realidad, se trata de un colibrí ascendido que se posa en el altar para entregar un mensaje dorado. Es el brillo que todo lo revela, después de haber sido guardado entre sus líneas felinas; es la luz de la palabra que resuena como una voz en enseñanza; es la palabra que llega para premiar la peregrinación de quien aprende; de quien camina sin desconocer el valor de lo transitado, pero sin relativizar ni trivializar el valor que tiene lo que será conquistado.

Llegar hasta la esperanza no es un arribo de modesto descubrimiento. Es el encuentro con lo que el camino había atesorado para ser entregado una vez que hubieran sido atendidas las lecciones de la oscuridad. Es la luz que permite la contemplación de las sombras corriéndose para entregar el amor del fuego divino, que es él mismo ardiendo en la causa de la libertad. El amor que se sacrifica, muere y renace; el amor que no se olvida; el amor que se escucha como el secreto de esa respiración que también es música preparando al baile del reencuentro. Serenata de un maestro cuya identidad ha sido revelada: divinidad mensajera que acompaña y traduce los secretos del camino; divinidad de la palabra que es soplo, amanecer y calidez del medio día.

Escuchar pues, las doce campanadas de la hora sin sombra (Nietzsche, 2003) que posibilitan la vivencia de una posesión delirante y el sumergimiento en el colorido armónico del cual se desprende la imagen de la templanza que integra la luz y el agua, es decir, el arcoíris por donde “un viajero inmortal” (Borges, 1989, p. 996) experimenta el vértigo de mirar la tierra y sus “formas antiguas, formas incorruptibles y eternas” (Borges, 1989, p. 1044) guardando la voz divina que “sólo debe decir una palabra y en esa palabra la plenitud” (Borges, 1989, p. 1044). En este arco de sublime manifestación,



lo divino y su palabra plena es memoria de la selva y de su profundidad misteriosa; es también llamado a una travesía que se desancla de la razón para elevarse por la escalera pineal hacia el territorio de la imaginación. Ir al atalaya del cosmos, sentir la fuerza del delirio en la capacidad que brinda para contemplar y comprender antiguas huellas que alientan a nuevos caminos. Ascender hacia el frío glacial y encontrar intacta la artesanía de la eternidad; presenciar la totalidad en el paisaje andino de cuyo jardín vital la imagen cósmica trae el paso firme despejando el camino de la libertad. Así como los ríos y los mares se erigen al contacto con la luminosidad del día, la lluvia se posa sobre las montañas para que otros resplandores sean posibles. También el color se aquietta y se enfría, y de él, una aparición legendaria convierte la inmensidad en un firmamento de magia dejando escuchar las voces del abismo que también son extensión de esa palabra envolvente que recuerda el gesto de “dios confiando el mensaje a la piel viva de los jaguares” (Borges, 1989, p. 1044).

Entonces, el umbral del vacío se despeja y también la mente se libera de miedos y prejuicios. La vida en la naturaleza se engrandece y se bendice a través de las palabras que intentan llegar al vocablo sagrado para descifrar el enigma y acontecer en la libertad anhelada. El soplo vital de la apertura y del renacimiento se encarna en el viaje terrenal considerando que “aun en los lenguajes humanos no hay proporción que no implique el universo entero” (Borges, 1989, p. 1044); abecedario de suspiros que también son enunciados por la deidad geográfica que trae el mensaje del tiempo y su eco infinito explorando el portal de la memoria.

Ante este suceso, Bolívar se envanece en su humano heroísmo y empieza a recorrer los arcanos divinos sobrecogido en un estado sagrado que le ha dispuesto la facultad solemne del recuerdo para mirar el pasado y el futuro moldeando con esmerado amor el presente. Recordar que cada encubramiento también es un derrumbamiento; así como toda plenitud también es inevitable ruina; recordar la vida y la muerte que también son soplos como el del renacimiento. Recordar en el acontecimiento delirante ante la voz de la totalidad con la cual “decir *el tigre* es decir los tigres que lo engendraron, los ciervos y tortugas que devoró, el pasto de que se alimentaron los ciervos, la tierra que fue madre del pasto, el cielo que dio luz a la tierra” (Borges, 1989, p. 1044). Recordar, en suma, que a la totalidad pertenecemos como espiral láctea en



extensión del amor supremo; recordar para que ocurra “la unión con la divinidad, con el universo” (Borges, 1989, p. 1045).

Ahora bien, este camino de la memoria también es una experiencia de la vivencia; un encuentro iluminador que puede representar lo divino “en un resplandor, hay quien lo ha percibido en una espada o en los círculos de una rosa” (Borges, 1989, p. 1045). Sin duda es un presenciar lo supremo en la sensación delirante que también es el abrazo de llegada al hogar, alucinación en descanso sobre la tierra; emoción en el susurro maternal. El delirio que trae el mensaje paterno desde la altura celeste recordándonos la profundidad del útero para un renacer en la causa libertaria.

El libertador se encontró ante lo divino como un devenir de la palabra que envuelve en la inmensidad geográfica latinoamericana. La voz del tiempo le mostró la eternidad que ha de ser recorrida para que la misión de la libertad no desfallezca; para que la causa de la dignidad no sea olvidada. Es la voz que auxilia la verdad para que el premio de la justicia conceda toda su belleza. En este sentido, la imagen divina bien podría ser esa órbita elevada “hecha de agua, pero también de fuego [...] infinita” (Borges, 1989, p. 1045), formada por “todas las cosas que serán, que son y que fueron” (Borges, 1989, p. 104). Órbita que permite ver:

las montañas que surgieron del agua, [...] los primeros hombres de palo, [...] las tinajas que se volvieron contra los hombres, [...] los perros que les destrozaron las caras. Vi el dios sin cara que hay detrás de los dioses. Vi infinitos procesos que formaban una sola felicidad, y entendiéndolo todo, alcancé también a entender la escritura del tigre. (Borges, 1989, p. 1045).

En esta visión, Bolívar entendió su camino. Descendió del Chimborazo y emprendió su cruzada independentista en un trayecto de sentido que, ante la causa de la libertad, congrega la multiplicidad de lo humano en experiencia de alteridad. La voz orquestada por las diferentes expresiones de la vida, compuso la canción que cuenta el viaje desde la profundidad maternal; desde la pertenencia a la tierra que refleja la cosecha de lo que habita en el cielo; mutación del firmamento en territorio de plantas, animales, montañas y ríos que también son constelaciones y galaxias por donde hacemos tránsitos y se dejan huellas de lo recorrido.

Por ello, Simón Bolívar enlazó lo terrenal con lo sublime mediante el movimiento de la vida y la muerte que, sin duda, no se cumple como alfa y omega, son



tránsitos hacia la eternidad en múltiples renacimientos; huellas en la cordillera que inicia en el trillo de un camino laberíntico hasta conducir a la cima en estado de vértigo, y de allí, el recorrido por el abismo. En este tramo de crecimiento hacia abajo, se cumple el viaje en todas las direcciones: volar y descender como el niño en asombro; como espíritu en posesión nocturna; en conexión con la dulzura de la oscuridad que trae imágenes, silencios y susurros; que trae la bendición del delirio y con él la memoria de una confesión que se canta y se grita en la belleza de la vida que no se agota; que vibra en lo alto y en lo profundo; la vida que somos y en la que estamos aprendiendo como un acontecer de la memoria.

Dicho devenir compromete el cuerpo, la voluntad y el deseo en la construcción de valoraciones que acercan la vida al verbo vital, o sea, al movimiento que abre el telón de la naturaleza para ser actores y autores de una existencia cuidadosa y solidaria, dispuesta a romper “las cadenas de la servidumbre, que agobiaban a sus pueblos” (BOLÍVAR, 1978, p. 246). Una existencia en la intertextualidad humana y divina que vence “la ceguera, e ignorancia” (BOLÍVAR, 1978, p. 246), la perturbación y la enajenación, “el horror y oprobio (BOLÍVAR, 1978, p. 247) como circunstancias desterradas por la unidad heroica y creadora que es inconforme con el albedrío colonialista y con su inclemente azote que incluso deja “zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte” (VALLEJO, 1919, p. 57).

Al asumir la estética como saber del arte en los esfuerzos de transformación y liberación de los pueblos, se pone de manifiesto el fuerte lazo de unión entre lo bello y lo verdadero como columnas axiológicas en la composición que da cuenta de textura y esencia en la enunciación materializada como referencia artística, pero que ha emergido de los estímulos míticos como poética iluminada en el fuego de la filosofía.

A este nivel de la travesía libertaria, se entiende la agudeza y determinación de la labor filosófica que sostiene el significado y el significante de la actuación estética como perspectiva elevada producida por la apropiación y comprensión de la vida; del entendimiento de sus fracturadas experiencias y de los más dolorosos sentimientos que deja sobre el cuerpo de la memoria. El arte se hace ensanchamiento de la existencia y en sus múltiples formas es narrado el tiempo como testigo irrefutable de las huellas que expresan el dolor y la incertidumbre de una época intensamente adversa.



El tiempo, así moldeado por el arte, pasa a ser una voz urgida de destino; es un mensaje que retumba con sus ecos para pronunciar el deber histórico del ser humano entre las trochas de la verdad que son los pasos iniciales hacia la belleza y su máxima expresión en la justicia. Pero también el tiempo es un cuerpo que se desangra para poner las tonalidades que recuerdan imágenes de doloroso encadenamiento, de masacres y torturas que invitan a recorrer y recordar la historia que continúa sufriendose entre los intersticios de la exuberante geografía. De ahí que siempre sea requerida y bien recibida la gesta heroica que habrá de immortalizarse como obra artística, es decir, como memoria de la belleza a la cual se vuelve, como un niño, sin reiterar en los terrores que le dieron origen.

Ante estas lecciones y pruebas atendidas, el horizonte heroico indica las bifurcaciones para recorrer esos espacios ocultos de la naturaleza donde el terror se ha sembrado como la mala hierba; es internarse, como el artista en su obra, para descryptar los capítulo de la humanidad que todavía huye en la zozobra y el temor por sus vidas; por los pueblos que no han logrado experimentar y aprender el complejo y maravilloso suceso de la existencia, ya que ésta ha estado cifrada en una histórica lidia con el monstruoso e inclemente enemigo que zarpa el poder en un criterio criminal y servil a intereses e intenciones foráneas; un poder hostil con el llamado y petición del pueblo a ser consecuentes con la recuperación y defensa de la soberanía.

Y, aunque la misma historia ha indicado que las fuerzas dominantes recogidas y protegidas en la impotabilidad impune, no están identificadas con una moral política que ponga en ejercicio intenciones legislativas acordes a la voluntad y necesidades del pueblo, es un hecho que el héroe se levanta para que estas formas de crimen y corrupción no persistan; se levanta con el legado estético que dismantela las astucias del Estado como maquinaria que protege y defiende los intereses y el hurto de clases opresoras; un héroe que hace del arte el lenguaje para cuestionar el poder y su acumulación de lucros tomados al precio del sudor y del esfuerzo de los pueblos.

Se ha indicado con antelación que se trata de un esfuerzo dispuesto a rozar la frontera de la agonía; la voluntad de ver la muerte, incluso, como precedente de renacimiento. Es el movimiento que, como si de un resorte se tratara, se pone en máxima tensión de su estiramiento con la certeza de que, al retroceder, no volverá a ser



el mismo. Así los seres humanos que, entre golpes y maltratos, son arrojados al extremo de la humillación, logran levantar sus miradas, y aún con el peso del cansancio y del dolor, hacen suya la luz de la justicia y se unen en el “amor a la humanidad” (BOLÍVAR, 1978, p. 261) vilipendiada y cicatrizada por el yugo de la tiranía.

En este estado de la deshonra se dan cita el “grito de la justicia ofendida, la razón, la naturaleza y la libertad” ((BOLÍVAR, 1978, p. 261) poniéndose del lado de los oprimidos para “colmarlos con sus dones” (BOLÍVAR, 1978, p. 264) y encender “el fuego sagrado” (BOLÍVAR, p. 1978, p. 266) que inspira el heroísmo artístico a exponerse “en el campo de batalla, en busca de la gloria y la libertad” (BOLÍVAR, 1978, p. 267), atributos que no toleran ver despedazados “los derechos de la naturaleza y de las naciones” (BOLÍVAR, 1978, p. 273).

Ante este “teatro de las atrocidades” (BOLÍVAR, 1978, p. 275), la escena de la combatividad estética no desconoce “el progreso del dolor” (BOLÍVAR, 1978, p. 277) ni abandona el profundo “sentimiento de la justicia, el conocimiento de la razón y el amor a la Patria.” (BOLÍVAR, 1978, p. 283) Esta claridad permite restablecer “la naturaleza ultrajada por la tiranía” (BOLÍVAR, 1978, p. 287) y posicionar a “los hombres heroicos [ante] el infortunio que es la escuela de los héroes” (BOLÍVAR, 1978, p. 289) en la lección y “adquisición de la libertad que es la única paz sólida y estable” (BOLÍVAR, 1978, p. 293). La adversidad que pule el espíritu “para libertar su secreto” (ORTEGA Y GASSET, 1994, p. 269) en el poder de acusar a quienes “hayan pasado sus vidas doblegando y sometiendo las de los demás por medio de las artes diversas de la pobreza y de la crueldad de toda clase” (BLAKE, 2021, p. 265); la adversidad que hace justos los reclamos por la igualdad, la felicidad, la decencia, la liberación, el trabajo, la identidad y la tierra.

Indudablemente, la vida es un sustantivo en el cual todos los verbos predicán lo inesperado para actuar o reaccionar ante la contingencia que contiene y está contenida en el mundo. Pero siempre que se predica se hace en función de una verdad, o al menos, en la convicción de una aproximación de verdad ante una realidad en devenir que va definiendo el mundo en su pertenencia al cosmos, y, por ende, al caos: ley de antagonicos en compensación, en reposición de fuerzas y equilibrio de resonancias. El mundo que se habita como construcción y movimiento entre los filamentos divinos y



humanos; los verbos predicando y predicándose en aprendizaje con la vida, actuando en la realidad tangible que es el cuerpo en interacción continua con la materialidad y trascendencia cósmica.

Diversidad de formas en una relación envolvente de fondos y contornos; significados y sentidos. Justamente se aprende para ese contacto, se hace apto para una relación en sintonía de ideas y comportamientos que le apuestan al sentido y al hecho de la justicia. Es prioridad entender la existencia en la experiencia del aprendizaje, en la adquisición de nuevas visiones y razones para asumir y encarnar posiciones claras frente a lo que acontece.

Por ello, la urgencia de enseñar situaciones nuevas, tal como lo enfatizó Mariátegui (2006), en la perspectiva de ocupar un lugar o ascender al lugar desde el cual no sólo se mira, sino que también se siente la verdad en su carga poética y en su contenido de belleza; situar los sentidos en el destino estético para descubrir en él la materialidad y la invisibilidad de la armonía.

Trazar los puntos de lo impredecible para delinear la ruta del sólido y estable terreno de la libertad, donde el ser humano se ubica en un espacio y un tiempo con precedentes míticos; una herencia narrativa que refrenda el dolor mediante la lucha y recupera la felicidad como un bien humano. En esta encarnación del mundo y de sus lenguajes en identidad trascendental, se absorbe la esencia heroica, invirtiendo el infortunio y la pesadumbre en consuelo y esperanza. El ser humano es conocimiento con la palabra que exterioriza los pensamientos y las intenciones; la bautismal palabra del objeto que le da nacimiento a otras composiciones a medida que se alimenta la mirada de imágenes reclamadas por la memoria, para hacerse descripción en el signo poético que descubre anticipadamente el destino de la armonía.

La verdad del afuera, entonces, se comporta como un prisma, en el cual la razón articula el origen y su manifestación con el discurso, o mejor aún, con el testimonio filosófico que levanta la composición poética para instalar el mundo y asumir sus dinámicas, la aurora del pueblo en el resplandor de la nueva historia. Es pues la verdad una condición cósmica, en tanto es constatable como existencia dinámica y dialéctica que puede ser observada en el sentido más resplandeciente y simple de la belleza, inmersa en un mundo que lleva sobre sí la realidad individual y colectiva de unos seres



que sienten, padecen y se interrogan; que llevan las marcas en la memoria del cuerpo, y las ideas en la memoria del alma, pero que aún no tienen la memoria del encanto y la fraternidad de la naturaleza que se presta a ser orilla y soporte de la familia humana.

En este orden de la exposición, la pregunta por el ser humano y por la naturaleza se formula desde el fantástico recinto de las ilusiones capaces de conducir a la historia a un enlace indisoluble con lo que se evoca melancólicamente como “dulzura de maíz tierno” (MARIÁTEGUI, 2006, p. 269), o con la génesis filosófica del recuerdo de los arquetipos que le dan movilidad al alma para llegar hasta la luz del pasado. Conocimiento que regresa a un *nuevo* lenguaje, donde ya no basta, como lo indica Mariátegui (2006) con “traer un mensaje” (p. 265); ahora la palabra o “su canto es íntegramente suyo” (MARIÁTEGUI, 2006, p. 202), porque se ha vuelto a la melodía de la infancia, al fragor estético que enciende las antorchas en la vigilia del héroe resarcido en la obra de la verdad contada y cantada para la unidad de los pueblos.

Por eso el héroe, identidad del artista y del niño, asciende a sembrador, y en esa medida, a poeta; se ha hecho pueblo, pasado, historia; ha dejado de ser nombre para hacerse humanidad, huerta colectiva defendiéndose de las épocas de opresión e ignominia. Bella forma de nombrar el sentido popular en los tiempos que absuelven el verdadero valor humano desde la acción que sabe de la honradez y el decoro:

Ésos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres hay miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana.” (CASTRO, s.p.)

Es la marcha multitudinaria acompasada por el canto íntegro de voces y manos unidas para defender aquella forma peculiar de ver el mundo; es la estrofa que funge como preámbulo de una voluntad inspirada por los pensamientos que la vida permite para ser motivo de reflexión en el inicio de la historia que narra otro devenir; que muestra el camino del héroe como una obra para ser emprendida.

Desde este aliento, la potencia estética viene de huellas legendarias, y el acto artístico se va cumpliendo en los nuevos pasos. Empezar a caminar, también como los niños, en retorno al hogar como un renacer en la tierra prometida. Por ello, en la idea del camino heroico se descubren las huellas del caminante artista que sabe crear o cultivar la forma de la tierra y el fondo de la patria; cultiva la cultura como semilla humana



persiguiendo la igualdad en su condición inherente a la vida, pues la naturaleza ha brindado todo de sí para que la armonía y la ley de las proporciones entre los seres humanos sea una realidad que, aunque no es lograble sin el esfuerzo y el sacrificio de verdaderos y heroicos artistas, se va asomando en despliegue de su autenticidad y su belleza.

Renacer y ver como el niño es la imagen que puede integrar esta identidad del héroe que camina sobre las huellas del pasado, pues en el asombro y la pregunta de la infancia, el corazón canta para ser escuchado por el pensamiento. En tal sentido, contar lo pensado es musicalizar la palabra de lo que es visto; es otorgarle sonido a la verdad de lo que es padecido y a la vida que es hurtada; es integrar las estrofas del trabajo que entonan el coro de la cosecha que podrá ser recogida. Ser niños en la identidad del héroe que es capaz de jugar y crear con los paisajes que inspiran la belleza; ser en la infancia porque allí está la fuente de la honradez y la pureza; en ella están todas las edades de los dioses y del pensamiento humanista:

El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón y está en camino de ser un bribón (HERRERA, 2002, p. 92).

En esta travesía humana de heroicas y artísticas hazañas, la infancia encarna el asombro y el aprendizaje como brújulas de las sabias decisiones, se hace diáfana la sensibilidad y evidente la bondad; resplandece la valentía y la libertad como antorchas que se encienden para que la verdad no esté escondida. La niñez es gesto que rechaza todo acto de turbia intención, en cuanto es abono de experiencias de melancolía, angustia, agresividad, aislamiento, incertidumbre, oscuridad y mentira.

Esta identidad heroica palpita con la creatividad del artista que rechaza el vicio y vindica el amor a la patria. Es la mirada iluminada por la verdad divina que pasa a ser verbo histórico y revolucionario; infancia en la libertad y la unidad que integra a todos en el juego para celebrar la obra en la cual está “fundida la masa del pueblo en un todo; la composición del Gobierno en un todo; la Legislación en un todo, y el espíritu nacional en un todo” (BOLÍVAR, 1971, p. 116). Ese es el territorio de la verdad que convoca a jugar para romper los lastres de la esclavitud en simultaneidad con los límites



geográficos; también para limpiar el cuerpo humano y el cuerpo territorial de toda mancha o contaminación producida por la perturbación de la conciencia, pues “por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas” (BOLÍVAR, 1971, p. 97) y heredera del desenfreno de la razón, acostumbrada a considerar las apariencias como verdades.

Salir, pues, de la mentira, del confinamiento de la mina, es el comienzo del retorno a la tierra y de la enunciación que recobra las raíces de antiguas cosechas, de lejanos juegos donde, como niños, era visto el mundo reflejado en el cielo, en los árboles y en los ríos; juegos de la felicidad entre letras e historias de una realidad diferente a la de la oscuridad y la ignorancia, vencidas por el reino de la virtud, la verdad, el amor y la belleza.

En este pincelado estético, en el cual el heroísmo de la infancia ha dejado sus huellas, se reconocen las partituras que trazan el camino de los sonidos que no han sido escuchados. La infancia se busca en la melodía y en sus estrofas poéticas para escuchar el sentido de las palabras que trascienden la materialización de un enunciado. Recorrer el pensamiento que se mueve en los pozos del lenguaje (HEIDEGGER, 1987); descender a las profundidades de la memoria donde el misterio del canto prepara el recital de las sirenas; atender sus voces para descubrir el gesto de un niño que se siente arrullado en la tranquilidad del hogar que prepara para la vida. Sin duda, “la única patria real, el único suelo sobre el que se pueda caminar, la única casa donde uno pueda detenerse y abrigarse, es realmente el lenguaje, aquel que se aprendió desde la infancia” (FOUCAULT, 2014, p. 37) y al que se vuelve para no olvidar la interioridad heroica.

En esta evocación, se despeja el tablado para las escenas que convierten los cuerpos en verbos que predicán otro acto. La palabra se encarna y se deja nombrar desde la herida que no cicatriza el enunciado. De ahí que, escuchar sea reconocer y recordar esa herida para acogerla en la palabra que también se enuncia para sanar; para preguntar y encontrar otras rutas.

De esta manera, la infancia también se nombra como asombro que muestra los rumbos para insistir en los pasos del aprendizaje que, a su vez, serán huellas pedagógicas para un reencuentro renovado con el lenguaje. La misma heroicidad, en la reflexividad de las palabras y en el crear como infantes, descubre “el brillo y la angustia



de un lenguaje siempre recomenzado” (FOUCAULT, 1997, p. 12). Comenzar de nuevo, a través de la memoria que apropia las voces del mito para tejer el presente con los rigores poéticos de la filosofía.

En este trayecto de las palabras que recorren las geografías de la herida, como experiencia desde la cual se nombra el cuerpo como un territorio plural de sensaciones y expectativas, se transita también el legado trascendental de la libertad en la imagen de unidad entre el ser humano y la naturaleza; es una remembranza idílica con los cimientos legendarios que hacían de la palabra una expresión ritual de la vida; un acto de gratitud por la reciprocidad armónica entre todas las formas, colores y sonidos vitales; un gesto de cuidado con el mundo y consigo mismo.

Por ello, y desde ese pasado que acogió en la auténtica patria, en la firmeza de un suelo para caminar y en el abrigo de una casa para descansar, se retorna al lenguaje de la infancia para volver a jugar y a escuchar los cantos que invitan a danzar con la tierra, con los textos, con las historias; con el cuerpo que se emancipa desde el tejido heráldico de la conciencia y su trascender los cercos de la colonialidad.

De esta manera, los guiones de la poesía emergen como pregunta que rasga las vestiduras de la yoidad; acontece el desmoronamiento de las máscaras y las apariencias, y se actualiza el propósito de camino: ¿para qué estoy acá? ¿Quién camina? ¿Hacia dónde se dirigen los pasos de la búsqueda? Es pues, el trayecto hacia el horizonte trascendental, cuyas etapas expedicionarias reclaman el aliento poético para que la palabra logre la “fundación no sólo en el sentido de una libre donación, sino igualmente en el sentido de que asienta y asegura sobre su fundamento, la existencia humana.” (HEIDEGGER, 1944, pp. 19-20)

Se trata, entonces, de concebir la humanidad en el aprendizaje de una existencia dispuesta a los paisajes de la eternidad; al desafío de las cronologías que miden los vestigios de lo transitorio; desacreditar las lógicas del reloj que limita el tránsito y sus aspiraciones. Ser capaces de bifurcar el horizonte para contemplar los múltiples caminos y los diversos itinerarios que conducen al encuentro de las palabras que pueden nombrar la verdad de lo que está siendo hallado o, más aún, que permiten la auténtica voz del relato en su atemporalidad divina: “El poeta nombra a los dioses, nombra todas las cosas en lo que ellas son” (HEIDEGGER, 1944, p. 19).



En tal perspectiva, la expedición por las geografías de la vida, son también contemplaciones sublimes donde “El brillo del cielo es el levante y el ocaso del crepúsculo que alberga todo lo anunciante.” (HEIDEGGER, 1960 p. 89). Es el resplandor que tributa voces para poder dialogar con los ancestros y atestiguar la “pertenencia a la Tierra [...] que consiste en ser heredero y aprendiz en todas las cosas” (HEIDEGGER, 1944, p. 15).

Poder dar cuenta de este aprendizaje significa, mover el telón escénico a la narrativa infinita que colma el espacio para contar las travesías por el vacío; las cuerdas que unen constelaciones de indescifrables resplandores; los telares de un *déjà vu* eternamente renovándose; los trenzados de la creación como una mutación donde la vida son ramajes y rugidos humanos integrados en el silencio sublime de lo divino.

La pertenencia a la tierra como un heredar, aprender y ser en todas las cosas; sentir el vacío como totalidad que también es hilo dentro del laberinto vital y sus abismos; un hilo para guiar y sostener; para tejer los ecos, suspiros, lamentos, desconciertos, ilusiones e incertidumbres que tanto en la profundidad como en la amplitud de la vida, prueban la voluntad que somete al combate contra el tiempo finito, o que emancipa en las memorias de la eternidad cuyas ideas contienen el arquetipo espiritual que todo lo inspira.

El camino de la eternidad para regresar al hogar, ciertamente parece aterrador por insinuar la errancia inconclusa a través de los recuerdos que constituyen el verdadero aprendizaje. Estar siempre en camino, siempre aprendiendo, parece ser agotador, pero no es el cuerpo el que persiste en esta prueba. El espíritu de Bolívar no desfallece, así como no desfallece el espíritu de la vida en todas sus ramificaciones; se vuelve siempre al legado heroico de la libertad y se aprende su legado heráldico; se reconoce este resplandor y, bajo su égida, se alcanzan las huellas de la verdad y se llega al trono de la justicia.

Apreciaciones de cierre

El paisaje que convoca a la travesía heroica, además de encarnar el espíritu del artista como potencia y memoria de la belleza que integra la libertad, la verdad y la injusticia, requiere salvar la infancia interior y, con ello, salvar los recuerdos de los



ataques del olvido para volver triunfantes a la idea innata con las herencias que brillan como el maíz, que duelen como la herida y que se oscurecen como la infamia. Volver con la satisfacción de la misión cumplida y coincidir en el itinerario de nuevos avistamientos; de nuevos paisajes que siempre han existido, de nuevas voces que nunca se han silenciado; volver a coincidir quizá, en la verdad del mundo habitada por los tonos de la verdad de los seres humanos y, tal vez, por los reflejos vivenciales de las verdades llamadas dolores, nostalgias, deseos, melancolías, evocaciones, arañones, añoranzas, llagas; verdades que también son silencios avocados a la verdad de las lágrimas. Verdades que no pueden ser ajenas a la memoria estética, porque en ella está presente el poema que desnuda las páginas de una reflexión atenta a la vida y a los dolores de la tierra; a sus preguntas y a sus búsquedas.

Buscar a través del viaje; buscar eternamente, viajar hacia lo infinito; dejar en la orilla del camino toda idea o representación de medida, toda carga que haga pesado el trayecto; viajar con la lentitud de quien comprende la infalibilidad de la llegada como un arribo de la quietud y el movimiento. Siempre en el momento acertado y en la etapa del camino que corresponde; sin un antes, sin un después; sin la cárcel de un reloj que determine la urgencia de un espacio, sin el aprisionamiento de un cuerpo aquejado por la derrota o los quebrantos.

Plenitud del estado luminoso como centro sustantivo de la vida. Totalidad integrando lo que había permanecido aislado; acontecimiento del ser en la libertad y voluntad de los recuerdos que fueron piel y esfuerzo hacia el origen, hacia la remota identidad del prócer mítico que no había encontrado el camino del héroe en la historia, ni había sido guiado por la verdad del lenguaje estético que renuncia al ruido por reconciliarse con la melodía.

Divinización de lo humano en la concepción estética de la vida sugerida explícita e implícitamente entre párrafos y renglones de la naturaleza, pidiendo ser leída y aprendida para no reducir la posición de los pueblos a vivir “inclinados ante los surcos mirando de reojo los cielos y los mares surcados por naves de banderas extranjeras cargadas de mercaderías y de utilidades que llevan a sitios lejanos” (MARIÁTEGUI, 2006, p. 12).



Ciertamente, el retorno a la tierra, su cultivo, la cultura, pone el devenir heroico ante las letras de las verdaderas cosechas, aquellas que comprometen con las semillas de los nuevos tiempos que una nueva concepción del mundo requiere. Seres humanos con un pasado vital, con un recuerdo en la palabra que, cual resplandor del pensamiento inspirado por el fuego y su prometeica huella, se eleva como canto a ser entonado por la humanidad que tuvo su voz tanto tiempo enmudecida y enmohecida por la tiranía y sus aliados. Cultivar la tierra con el semblante de lo autóctono; legarla al cuidado y beneficio de los hijos; cultivarla como los párrafos de un sembrador que no abandona la identidad del surco. Justamente el tiempo de la libertad tiene palabra en la poesía, cuando, quien la cultiva y la recoge, permite comer y beber la auténtica pócima que sostiene la historia, y que hace del alma un oleaje de remembranza hacia el gran océano placentario, donde el ser humano se descubre en asombro, sentimiento y búsqueda.

No hay duda de que el héroe, como sembrador, señala, ve y planta las semillas que le darán sombra a la voluntad, a la moral, a la grandeza y a la prosperidad de un pueblo que logra leer su humanidad en los signos de lo sublime y la esperanza. Ser sembrador, en el sentido figurado del proceder heroico, es tener derecho a la tierra para pensarla y cultivarla en el sentir genealógico con la naturaleza.

Sembrar, descubrir y recoger, es invocar la fertilidad primigenia de la historia para permitir el anuncio de un amanecer de cantos, poesías, colores y sabores. Verbos simbólicamente tallados en el destino de las manos, y entregados al mundo de los acontecimientos, al mundo de las miradas. Verbos de cosmogonías sagradas, de causas y razones exclamadas en los surcos de la historia, en los cielos del pasado y en los mares del origen. Verbos de campesinos en su himno y en su bandera; verbos de los indígenas encarnados en el poeta, verbos en ritmos que invocan el paso de la oscuridad al amanecer en los templos palenqueros y sus rituales ocultos; verbos del pueblo que libera su palabra en la acción del héroe. Alfabeto de un bastidor sapiente donde el mito conduce al origen a través de una voz íntima que invita al encuentro con la profundidad superior; al movimiento heroico de un cuerpo dirigido por el significado de la libertad.

Estas voces son acciones de la poesía que hace de su enunciación una manifestación artística que ha recogido de los vestigios míticos y sus herencias divinas, símbolos y sentidos para enfrentar el dolor presente en la materialidad humana,



aproximar su recuerdo y actualizar sus marcas. La poesía es un viaje por la contemplación sublime para recuperar las semillas que brotaron como fruto y florecimiento del espíritu y su rostro como infancia; como imagen de un pasado recogido entre fulgores y manantiales que entregaron el arcoíris en una bóveda divina que se reconoció como santuario de la belleza.

El héroe llega hasta este portal mítico y lo reconoce como memoria de una infancia feliz que hizo del juego un crear en conciencia de la belleza que se replica de los diseños sublimes que la naturaleza ofrece a través de su diverso manifestarse. He ahí el héroe, el que entra al sustantivo del arte para ponerle arpa a las palabras: belleza, simetría, resonancia y perfección de la medida y la melodía justa que diseña el mundo. La música traduce la palabra creadora y, en semejante ditirambo nietzscheano, no es ajeno lo que el héroe nombra como lirismo que destila soberana y dadivosamente en la melodía ancestral, en el pentagrama del pasado como retorno propio, o, como etimología del más temprano amanecer que todavía se anuncia con las sombras y destellos de la noche.

Dolores represados por épocas, forjados en las decisiones, trasegados en la justa tentación de perseguir lo prohibido, o tal vez, de nombrar lo temido. Todo héroe sabe que se nombra luz para que la luz se haga, pero también sabe que esa luz se nombra porque existe, y se nombra además para que no sea olvidada, para que no perdure, ni en la memoria ni en la historia, la espesa oscuridad que ha reinado “por las vicisitudes de la guerra” (BOLÍVAR, 1971, p. 62) que siembra “los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario (BOLÍVAR, 1971, p. 62). El paraíso prometido jamás existió sin el pulso del trabajo y de la lucha, de la convicción y el sacrificio; pecar por el conocimiento es emprender el camino hacia el fruto de la sabiduría para tocar la tierra y sentir su vientre, su identidad que, entre vocablos de riego y fraternidad humana, fueron contaminados por “las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón. Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana” (BOLÍVAR, 1971, p. 62), pero que implican poner la palabra como puente hacia la acción de la transformación donde “la justicia decide las contiendas de los hombres” (BOLÍVAR, 1971, p. 63).



En este punto de la reflexión, se despunta la afirmación que reconoce la vida como la tierra en la cual la estética hace mover el tallo y las ramas contenidas en la memoria genética de la semilla. Pero sería más justo aún afirmar que los frutos de estas dos manifestaciones de la herencia son los seres humanos; la humanidad heroica que recorre el silencio del vientre arcaico para desentrañarle los pétalos que tienen el aroma del nuevo mundo: la verdad o su aproximación a la certeza de que toda mentira se marchita cuando el verbo nombra la llegada de la nueva cosecha.

Ciertamente, este es el cultivo donde todavía tiene rostro la utopía, pese a los nefastos emisarios de la tiranía; todavía se mira y se canta al universo como portavoz de las leyes que incineran imágenes sostenidas por el fetichismo mercantil empecinado en desconocer la verdad y su inminente aparición en las declaraciones que la naturaleza ofrece.

Las zanjas que también esculpen, en el rostro y el lomo más fuerte, la necesidad histórica del combate por la dignidad, la verdad, la belleza y la justicia, tienen pues su origen en esta manipulación servil con los intereses del despotismo, que es a su vez, la más intolerable de las concepciones absolutistas frente a las cuales la sumisión y la obediencia engrosan miseria y humillación sin límite; prolongan asimismo, relaciones de avasallamiento en los harapos de la servidumbre y en las cloacas de la resignación ante el engaño.

Por todo lo anterior, el principio estético no excluye la sospecha frente a los flagelos cometidos contra la libertad y la vida, contra la patria y la memoria, ya que levantarse de la oscura historia impuesta por la jerarquía de la tiranía refinada con el sofisma, la mentira, la demagogia y el artificio, presupone no solamente romper la máscara de la apariencia, sino también, entender y aceptar el cuerpo en una armónica relación con la conciencia y la idea moral de todo héroe, es decir, en una totalidad que no deshonra las insuficiencias y apetitos de la materia que constituye la realidad. Enseñaron “*los heraldos negros que nos manda la muerte porque esos golpes sangrientos son las crepitaciones de algún pan que en la puerta del horno se nos quema*” (VALLEJO, 1919, p. 57).

Ahora, jamás habrá búsqueda de alimento sin hambre, como no habrá reposo sin cansancio. Al abandonar la indiferencia criminal de la ignorancia se viene la vida a la



mirada como lago de mancilla, de pecado y de culpa para enfrentarse al mar, a la tierra y al pasado. Dolor del conocimiento, de retorno y defensa; dolor por lo propio desde ese primer llanto que anunció la región de los seres humanos para hacerse héroes.

Hay así un llanto lírico que se hace canción, necesidad de palabra, o palabra necesaria para unir el pueblo a su pasado. Y en esta necesidad de la tierra se canta la semilla que anuncia al mundo una nueva vida, una nueva patria a imagen y semejanza de la naturaleza que compensa y equilibra sus movimientos en la más íntegra relación de los componentes que no compiten por dar o recibir lo que no les es laudable; se entregan en el día a día de su existencia sin ocupar siquiera un instante a la tarea de lamentar o predecir su innegable final; viven en el oasis de la armonía sin acumular ni envidiar; siendo y transformándose como un eterno y luminoso fuego que siempre está consumiendo y rehaciendo el madero que lo alimenta.

Pero en este lirismo mítico también hay una invitación a nacer en la hermandad para no volver a los cercos “de la muerte y del deshonor” (BOLÍVAR, 1978, p. 319) y abandonar la esclavitud que minó la tierra y dejó abismos en las minas enlutadas. Pero insistentemente el saber tiene la bondad de poder responder, de poder ubicar el verbo en el terreno de la no traición; en la tierra de la convicción, donde se tiene el derecho de no repetir el encuentro con “los tiranos que oprimían la patria” (BOLÍVAR, 1978, p. 315) porque “ellos son débiles, injustos y cobardes” (BOLÍVAR, 1978, p. 316). Y aunque no siempre se podrá descansar “a la sombra de los laureles de vuestros libertadores” (BOLÍVAR, 1978, p. 317), la conciencia permanecerá ilesa ante el engaño, y la actitud dispuesta “a destruir a la vez las fuerzas de mar y tierra de vuestros tiranos” (BOLÍVAR, 1978, p. 317); no importa pues llorar, finalmente los golpes son muy fuertes, y en el llanto siempre hay una bonita forma de preferir la sangre a la humillación, a la indignación, a la esclavitud, a la injusticia y a la burla. Preferir ser guiados por las voces del corazón que actualizan el *Déjà vu* como sonido de un tiempo donde el amor vence cualquier obstáculo o tiranía; sonido que el héroe traduce como canto de la libertad anhelada.

En estas voces, el saber tiene la bondad de poder responder, de poder ubicar el verbo en el terreno de la poesía, en la tierra de la convicción donde se tiene el derecho a no olvidar la patria de los justos ni el bosque de retorno a la memoria, donde el héroe es



también el ser humano pensando la materia y trascendiéndola; es el niño libre mirando su memoria, titán de su pasado y constructor del presente. Ese es Simón Bolívar, el hombre que pisa las propiedades del mito para elevarse a protagonista de la historia en la poesía y el lenguaje de la vida y de la lucha. Hombre que, aunque por sí mismo, y por sí misma la existencia, no pueda más que hacerle un quite al olvido para fugarse a los tiempos, a los paisajes y montañas donde la mirada todavía le pregunta al sol y espera la respuesta a la llegada de la luna, a la palabra de la divina patria que reconoce el sacrificio de su héroe, y le recuerda “que el pueblo que ama su independencia por fin la logra” (BOLÍVAR, 1978, p. 64).

En esta cima heroica, el arte materializa la voluntad como un brillo concedido por el poder superior que está siendo recordado; emerge, en la justa sonoridad de la belleza, la narrativa mítica que le otorga a la filosofía el tono divino que cuida, defiende y ama la vida. El héroe recupera esta herencia para poetizar el mundo en la imagen de la libertad acogida por la estética, es decir, por el gesto artesanal que repara la herida, que cuida el dolor y sana a través de la sabiduría de la naturaleza.

De esta manera, el héroe recuerda la conversación divina para encontrar la verdad de un mundo que merece volver a ser pensado y graficado por las pinceladas del amor que recuperan el sentido de lo trascendental como un encuentro de la familia en el hogar que siempre ha permanecido en espera de esta llegada. Celebrar el reencuentro en la hoguera de la libertad donde todo está despejado: el afuera, el vacío y la eternidad; el poder ha sido recordado y la energía divina habita el cuerpo como geografía de la humanidad en su integración a la totalidad sublime, en cuya obra la libertad, la verdad y la justicia hacen parte de la misma manifestación de lo bello.

BIBLIOGRAFÍA

ARANGUREN, J. “¿Tiene algo que decir el cristianismo al arte? Reflexiones sobre la relación entre *forma* y *contenido*”. *Pensamiento y Cultura*. (7). Bogotá, 2004.

BLAKE, W. **La visión eterna**. España: Editorial La Felguera, 2021.

BOLÍVAR, S. **Escritos políticos**. Madrid: Alianza Editorial, 1971.

BOLÍVAR, S. **Obras completas**. Tomo V. Colombia: Fundación para la Investigación y la Cultura, 1978.



BORGES, J. **Obras completas. (Tomo I) “El inmortal” “La escritura del dios”**. Argentina: Emecé. 1989.

DE ZUBIRÍA, R. **Breviario del Libertador**. Medellín: Bedout, 1983.

CASTRO, F. **La historia me absolverá**. En: <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191016101300/la-historia-me-absolvera-fidel-castro.pdf>. 2007

FOUCAULT, M. **El pensamiento del afuera**. Valencia: Editorial Pre-Textos. 1997.

FOUCAULT, M. **El bello peligro**. InterZona, 2014.

HEIDEGGER, M. **Holderlin y la Esencia de la Poesía**. Revista Universidad Pontificia Bolivariana, 11(38), 13-25, 1944. <https://bit.ly/38LDtjW>

HEIDEGGER, M. "... **Poéticamente habita el hombre...**". Revista de Filosofía, 7(1-2), pp. 77-91, 1960. <https://bit.ly/380k8we>

HEIDEGGER, M. **Qué significa pensar**. Buenos Aires: Ed. Nova, 1972.

HEIDEGGER, M. **De camino al habla**. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1987.

HERRERA, J. **Bolívar: La libertad del ser y del pensar**. Medellín: Ediciones Convivencias, 2002.

MARIATEGUI, J. **Literatura y estética**. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho. 2006.

ORTEGA Y GASSET, J. **Obras completas**. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

PESSOA, F. **Oda Marítima**. En: <https://audiolibrosencastellano.com/fernando-pessoa/oda-maritima>.

VALLEJO, F. **Los heraldos negros**. Lima: Ediciones Peisa, 1919.

ZAMBRANO, M. **Las palabras del regreso**. Madrid: Ediciones Cátedra, 2009.